ALBERTO RUBILAR MÈGE

EL ESPEJO DE LA NOCHE



Áurea Ediciones

© El espejo de la noche
Sello: Nepenthe
Primera edición: Mayo 2024
© Alberto Rubilar
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Virginia Gutiérrez
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-82-2
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-9320



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Dedicado a mi vieja y a mi viejo, rigor y amor; a los amigos y a mis hermanos. A la familia con la que nací, a la que escogí y a la que construí. Todas igual de importantes en mi vida.

San Pedro de la Paz Región del Biobío, Chile

Parroquia "El Buen Pastor",
31 de diciembre

—¿Y si los enfermos mentales ven el mundo real? ¿Y si todos los que se consideran normales simplemente no pueden entenderlo, y siempre han estado equivocados? Hay un gran hombre que una vez fue llamado loco… —proclama levantando un dedo al cielo.

"Gloria, Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra a los hombres paz", cantan los feligreses con particular devoción mientras el sacerdote predica en una humilde capilla envuelta por los atribulados vientos del sur.

—Damos por hecho leyes que rigen a las sociedades modernas, pero son tan frágiles como un ojo contra una espina. —Aprecia por un segundo la pasión de sus feligreses—. Caminamos por las calles viendo las caras de las personas y solo vemos máscaras. Manejamos por la noche en la carretera a ciento veinte kilómetros por hora y confiamos ciegamente en que el conductor del lado hará lo correcto y seguirá por su pista. Que, al cruzar ante un semáforo, el auto se quedará quieto mientras caminamos frente a él. Pero a veces nos podemos equivocar rotundamente… —Su

voz se hace más lenta, mirando al ya oscurecido horizonte por la ventana.

"Te alabamos y te bendecimos, te adoramos y te recibimos, nuestro porvenir y nuestra memoria son de tu grande y eterna gloria". Las guitarras siguen sonando, y más pasión acompaña los cánticos y las manos extendidas al cielo.

—¿Y si los locos son más que los normales? Muchos se han camuflado en el mundo, pero con un leve impulso, un pequeño empujoncito de un ser superior, finalmente se atreverán a ser ellos mismos. Lejos del resto, de todos los que se creen sanos.

"Señor Dios, nuestro padre, señor Dios hijo, escúchanos. Piedad, señor, Tú, que quitas el pecado del mundo". La emoción de las guitarras y alabanzas es más contenida.

—La Sagrada Escritura habló de esto. Solo hay que hacer la interpretación correcta. Ya vimos a uno así venir con anterioridad: no vamos a cometer el mismo error de no escuchar el llamado, de no seguirlo ahora, de crucificarlo…

"Escúchanos, escúchanos Tú, que estás a la derecha del Padre".

El sacerdote da dos pasos al costado, lanzando una vela blanca encendida a un leño cubierto en bencina ante la atenta mirada de sus feligreses, que bajan el tono de su canto.

"Piedad, piedad, piedad, Señor. Solo Tú eres santo, solo Tú, señor, solo Tú, Altísimo Jesucristo".

—¡¿Te consideras normal?! ¡¿Lo seguirás?! —exclama el sacerdote viendo avivarse las llamas.

"Con el santo espíritu en la gloria de Dios padre. Amén, amén, amén". Las guitarras dan paso a un estremecedor sonido: los gritos de intenso dolor de una mujer

en el fuego.

Los feligreses están en completo silencio. El fuego crece, consumiendo el cuerpo de la mujer; se siente el olor inolvidable del cabello quemado, de la carne quemada. Todos lo absorben como parte del ritual ante la pira.

Cierran los ojos y levantan las manos en perfecta sincronía.